

Póker ©

Oswaldo Fernandez



Capítulo 1

Póker

Con un movimiento del pie, tan rápido que parecía no haber movido un solo músculo, uno de los dos hombres sentados a la mesa aplastó la cucaracha que correteaba a sus pies. Ambos levantaron instantáneamente la vista del juego de póker al escucharse el desagradable sonido crujiente del insecto quebrándose bajo el peso del zapato, que dejó el interior del bicho desparramado y pegado a la suela. Los dos irrumpieron en una risotada casi al unísono.

— Me debes veinte pesos —dijo sonriente el más barbudo de los dos—. ¡Te aposté a que aplastaría a la desgraciada!

—Debí habérmelo imaginado —respondió el otro, asintiendo—. Donde pones el ojo, pones la bala, en este caso, el pie.

Los dos rieron nuevamente.

Prosiguieron con el juego de póker en silencio. Una lámpara de kerosene, que amenazaba en ocasiones con extinguirse, fungía como única fuente de iluminación. Las sombras de los hombres se proyectaban sobre las paredes descoloridas de la casucha en que se encontraban. Se movían animadamente como fantasmas oscuros, aumentaban y disminuían de tamaño repentinamente, en una especie de danza macabra que parecía reflejar el alma oscura de ambos. Las ventanas permanecían cerradas por razones de seguridad y no permitían más ventilación que la de pequeñas rendijas que habían dejado abiertas para mantener un mínimo de ventilación. A duras penas, en ocasiones, se colaba una ráfaga de aire que refrescaba sus espaldas y hostigaba al kerosene. En camisilla, parecían haberse acostumbrado al calor y el olor a sudor que permeaba el ambiente.

—¿Gustavo, cuánto tiempo más crees que tendremos que estar en este agujero? —preguntó el hombre de menos barba.

— En tu lugar no me preocuparía por eso, Ganzúa. Ya nos avisarán. Después que perdimos al coronel dentro de la policía, las cosas no son tan fáciles. Ya sabes que el nuevo jefe sigue haciéndose de niño lindo con la prensa. No me asombraría que el día que lo retiren del cargo se postule para presidente. Otro imbécil al que habrá que soltarle plata.

Ganzúa no respondió. Los dos se conocían hacía mucho. Tenían una amistad basada en las ventajas comerciales de su oficio. Se remontaba a

unos quince años de récord criminal que los unía en las buenas y en las malas. La relación se había forjado en la cárcel correccional de "La Victoria", situada en las cercanías del poblado conocido por sus habitantes, de forma abreviada, como "Villa", mientras ambos cumplían, independientemente, condenas por asesinato.

Gustavo colocó la baraja en sus manos. Se acercaba a formar un full de nueves. Miró a Ganzúa con la misma mirada fría que dirigía a sus víctimas mientras las encañonaba antes del disparo mortal. Con el pulgar, acarició suavemente la carta ganadora. Ese era el único gesto involuntario, casi automático, que solía hacer cuando se encontraba cerca de ganar una partida y que podía delatarlo. Se conocía demasiado bien a sí mismo. También conocía demasiado bien a su contrincante. Sabía que Ganzúa no tenía la paciencia, la capacidad de observación, ni la inteligencia como para conectar una cosa con la otra. Preveía que ganaría la partida. Quince años había sido tiempo suficiente para observar y estudiar a Ganzúa. Había memorizado sus ademanes, y era consciente de sus fortalezas y debilidades.

Ganzúa vivía convencido de que no había que ser muy inteligente para hacerse de una fortuna. Bastaba con poseer sagacidad, como la que había cultivado en el fragor de las calles de los barrios, entre riñas, rufianes, robos, prostíbulos y drogas. Esa astucia lo condujo a su vez a reconocer la inteligencia de Gustavo y las ventajas que tendría al asociarse con él. Lo calibró en su justa medida, como un hombre frío y calculador. Había aprendido muchas cosas de él. Entre otras, que ser un asesino no significaba el tener que renunciar a la buena vida, pero requería una cuota de sacrificio y método. Gustavo lo había convencido de que el asesinato podía ser una forma lucrativa de vida, en la que el truco para sacarle el jugo a la profesión consistía en cotizarse alto, ser altamente eficiente en el oficio y en mantenerse fuera de la cárcel la mayor parte del tiempo posible. Esto último tenía a veces un precio que tenía que estar dispuesto a pagar. Los sobornos a oficiales y jueces habían estado en ascenso en los últimos años.

Gustavo reconocía que, a pesar de su baja intelectualidad, Ganzúa poseía un nivel de socarronería que él mismo no podría alcanzar jamás; y se percató de inmediato que podía sacarle provecho a su fuerza bruta. Con el tiempo, formaron un dúo que se complementaba. Gustavo se ocupaba de la planificación de los crímenes, mientras Ganzúa le ayudaba a ejecutarlos. Trabajaban en conjunto como cerebro y músculo.

A Gustavo le intranquilizaba, por momentos, la ambición y la sed de sangre, a veces desmedida, que mostraba su compañero. Le costaba mucho esfuerzo contener sus apetitos. No se engañaba, Ganzúa le era fiel como un perro, pero solo mientras él fuera capaz de sostener el hueso en las manos. Por eso se preocupaba por mantener ese estado de cosas de

forma perenne, para conservar la relación en buenos términos.

Entre bocanadas de humo, los hombres se servían de una botella de ron sin preocuparse por las horas, la humedad, ni el aire pesado impregnado por las nubes de tabaco, que enmascarara hasta cierto punto el olor fétido de comida descompuesta. Llevaban cinco semanas encerrados en aquel lugar que, malamente, podía denominarse una choza. En aquel mes de agosto las lluvias habían sido diarias, y la plaga de mosquitos constituía para ellos un verdadero fastidio. Mantenían encendida lo que popularmente se conocía como "una cobra para espantar mosquitos", un pequeño artefacto en forma de espiral color verdoso, que al encenderse desprendía una especie de incienso de dudoso efecto repelente.

A un lado, contra la pared, se encontraban dos camas. Aunque hubiera bastado con una, pues Gustavo dormía sobre el suelo. Las pesadillas que lo visitaban con frecuencia y el temor de que el espíritu de alguna de sus víctimas surgiera desde la oscuridad debajo de la cama y lo arrastrara hacia un sueño del que no pudiera despertar, lo habían convencido de que el piso raso era el lugar más seguro para dormir.

Gustavo se preocupaba por mantener ocupado a Ganzúa. Cuando no estaban jugando cartas dormían en turnos para estar al acecho de cualquier maniobra de la policía en los alrededores de lo que ellos llamaban "el hueco", que era como habían denominado a la choza donde se escondían.

El "hueco" era uno de los múltiples refugios que Gustavo había planificado para esconderse de la policía mientras eran buscados. Aparte del ron, y las cartas, para Ganzúa el único otro entretenimiento era el aspirar unas "líneas" de cocaína. Gustavo no compartía el vicio. Prefería leer. Con frecuencia, Ganzúa se mofaba de él cuando lo veía leyendo. Solía decirle cosas como: "Eso de estar leyendo cuentos y novelas son cosas de mujeres..."

En el fondo, sabía que Ganzúa apenas lograba leer, que le causaba rabia y vergüenza el escuchar a Gustavo usando palabras como "concupiscencia", y tener que reconocer que no sabía de qué carajos hablaba ni lo que significaba. Gustavo no gastaba su tiempo en discutir con él. Después de todo, las diferencias entre ambos iban más allá de una diferencia de opiniones. Él era un hombre cultivado, había ido a la universidad, e incluso se había iniciado en la carrera de abogado, algo que siempre le había ocultado a su compañero.

Mientras Ganzúa se despachaba una línea sobre la mesa de noche, Gustavo barajaba nuevamente las cartas. Había ganado la última partida, y se preparaba para repartir las cartas para la próxima ronda.

Ganzúa retornó a la mesa con un semblante alegre y excitado. Tomó sus cartas en la mano y empezó a sortearlas.

— Tan pronto salgamos del hueco, lo primero que voy a hacer es buscarme a una buena mujerzuela para que me aguante unos riendazos.

Sin responder, Gustavo se limitaba a lanzar sus cartas sobre la mesa, y pedía otras.

—Cuando estoy así de arrecho, siempre me acuerdo de la primera mujerzuela que maté. No creo que te haya contado nunca sobre eso. ¿O sí?

En silencio, Gustavo se preparaba para escuchar una de las historias grotescas a las que lo tenía acostumbrado. De nada serviría tratar de detenerlo, pues terminaba contando sus historias espeluznantes sin preocuparse de que él estuviese dispuesto a escucharlo. Lo dejaba hablar, mientras se arrojaba de frialdad inmutable ante lo horrendo de sus relatos.

—Esa mujercita sí que estaba buena. Cuando eso, lo que yo hacía era meterme en las casas a robar. Recuerdo que esa noche me metí en la casa para ver qué me podía llevar, sin saber que me iba a encontrar con una mujer tan bella. Ella me sorprendió de repente, cuando encendió las luces. Era una mujer bellísima, de ojos verdes. Creo que estaba esperando al esposo, pues lucía un negligé casi transparente. Enseguida me le fui encima para evitar que gritara. Se defendía como una fiera, pero mientras más me peleaba, más arrecho me ponía...

Ganzúa continuó su macabro relato, describiendo con lujo de detalles cómo había violado a la mujer, sometiéndola a múltiples vejaciones para luego estrangularla sin piedad. Estaba describiendo los últimos detalles de su crimen cuando Gustavo, que le había prestado más atención de lo usual, se levantó de la mesa sin mucho entusiasmo, señalándole a Ganzúa, con un gesto, que iba a orinar. Se dirigió antes hacia la mesa de noche junto a la cama, de donde extrajo su pistola.

Cuando regresó a la mesa, Ganzúa sintió cómo el trago de ron se quedó a medio camino entre su boca y la profundidad de su garganta. No podía comprender el porqué de la mirada de Gustavo. De sus ojos emanaba esa sensación gélida que paralizaba los segundos, un brillo retraído, de lejanía y ausencia de compasión, que dirigía a sus víctimas justo en el momento en que las iba a separar del mundo de los vivos. En esta ocasión, sin salir de su estupefacción, a Ganzúa le pareció notar una diferencia: un líquido cristalino en los ángulos de los ojos de Gustavo. Pero inmediatamente su atención se concentró en el cañón del Colt. 45 que, con fría cortesía, abrió su boca para invitarlo a compartir un trago de muerte que desparramó sus

sesos por toda la habitación.

Gustavo se quedó mirando a Ganzúa, quien descansaba ahora sobre la silla, tirada en el piso, con las dos piernas extendidas y una mano de barajas destinadas a perder la partida sobre el pecho cubierto de sangre. Le había despachado otros cinco disparos sobre el pecho. Gustavo se secó las lágrimas, que corrían ahora libremente sobre sus mejillas.

—¡Perro! ¡Debí haber hecho esto hace muchos años! —dijo con rabia, entre sollozos que empezaban a apoderarse de él.

Colocó la pistola sobre la mesa, tomó asiento en la silla frente a sus cartas de juego, y de inmediato irrumpió en un llanto incontrolable que no pudo detener por varios minutos. Todo su cuerpo temblaba. No supo cuánto tiempo permaneció en aquel estado, pero le pareció que se vaciaba su existencia en un hueco de oscura eternidad, ira e impotencia. Cuando se calmó el llanto, tomó aire, suspirando profundamente, y se llevó la mano al bolsillo posterior de su pantalón, buscando la cartera. Extrajo la foto de una hermosa mujer, que sonreía alegremente. En la fotografía se podían observar su negra cabellera y sus ojos, de un intenso color verde. Habían transcurrido casi veinte años de pesadilla, durante los cuales, Gustavo había vagado en un mundo de odio y sombras.

Veinte años desde aquel día fatídico en que lo habían despedido los ojos verdes desde la baranda de su casa, y él había respondido con un adiós, sin poder anticipar que sería el último. Veinte años desde aquel crimen horrendo que terminó con la vida de su esposa. Gustavo se había entregado inicialmente al alcohol para ensordecer el dolor que lo llevó a los límites de su cordura, sin encontrar alivio a su pena. El dolor se convirtió pronto en amargura y odio. Guiado por el odio había encontrado el camino al crimen. Decidió vengarse de todos lo que, para él, se negaban a darle justicia y encubrían la farsa destinada a proteger a los culpables del asesinato de su esposa, y en nombre de todos los otros inocentes que morían de forma violenta sin que nadie pagara un costo. Uno tras otro, seleccionó a los abogados y jueces que actuaron en la investigación, a los que sentenció de corruptos y asesinó sin compasión. Prosiguió ejecutando políticos y policías, ya por paga, hasta que la sangre se empezó a mezclar con sus sueños y a convertirlos en nubes borrascosas que lo acompañaban en repentinos despertares de pavor.

Con el tiempo, enterró sus escrúpulos y la causa, que creyó justa en su momento. La violencia, poco a poco, había horadado su alma, haciendo a su paso un trillo de espanto hasta dejarla hueca. Ahora, finalmente, encontraba paz, posiblemente, redención, y acaso el sendero para volver a caminar en el mundo de los vivos.